

LA REVELACION.



REVISTA ESPIRITISTA

Año XI.

SALE UNA VEZ AL MES.

Núm. 10.

ALICANTE 30 DE OCTUBRE DE 1892.

EL QUE SIEMPRE NOS ESPERA.

Llamó á mi puerta un anciano;
yo le pregunté quién era,
y en lugar de contestarme
volvió á llamar con mas fuerza.

Bajé á abrir y ya no estaba,
y tan solo vi en la puerta
un letrero que decia:

«El tiempo llama y no espera.»

Con el tiempo aprenderás
á saber lo que es el tiempo;
lo malo es que algunas veces
llega muy tarde el remedio.

A. Ferrán y Fornés.

Es muy cierto, si no se acepta mas que una existencia hay que convenir que el hombre es inmensamente desgraciado; por que la juventud la empleamos generalmente en solazarnos, en atardirnos, en correr infatigablemente tras de ese imposible llamado felicidad.

El hombre se ama tanto á si mismo en su primera edad que no se fija mas que en aquello que puede complacerle, y cuando se ocupa de su prójimo, cuando piensa en los desgraciados, cuando procura enjugar las lágrimas de los desvalidos es cuando los engaños han dejado hondas arrugas en su frente y la nieve de los años enerva sus fuerzas y le postra á veces por medio de dolencias físicas hundiéndole en el abismo del

dolor, entonces es cuando el hombre con suficiente experiencia dice con amargo acento: --¡Ay! ¡si la juventud supiera y la vejez pudiera! mas ¡ah! ya es tarde, el hombre enfermo es un buque sin timon, es un árbol que no presta sombra, y entonces apesar suyo se vuelve egoista y tiene que pensar mas en si mismo que en los demás, no puede ser útil á nadie, y sufre por que conoce lo improductiva que ha sido su existencia: que fué egoista en su juventud por descuido y aturdimiento, y egoista en la ancianidad por el instinto de conservacion. Se arrepiente sinceramente de sus errores pero con el arrepentimiento no es bastante, y en esta lucha le sorprende la muerte, y exhala su último suspiro, ¿qué ha vivido aquel hombre para su progreso? ¿qué méritos ha contraído para su porvenir? ninguno; por larga que sea una existencia es muy breve el plazo que le queda al espíritu para perfeccionarse; y llega como dice el poeta muy tarde el remedio; advirtiéndole que hay millones de seres que mueren en la infancia y en la juventud sin haber dado un paso en la senda de su mejoramiento moral.

Considerado el hombre con una sola existencia es un libro sin prólogo ni epílogo, es el bosquejo de un cuadro, es la segunda escena de un drama, es algo dndoso; incompleto, imperfecto.

A cuántos seres conocamos que el mundo llama sabios, grandes y eminentes y que nosotros miramos con profunda compasion

R.R.-860

porque han vivido sin vivir. En este número entran multitud de mujeres, que agostan los mejores años de su existencia sacrificándose en aras de una diosa más despótica que todos los Neronés y Caligulas que dominaron un día en la soberbia Roma: esa diosa es la Moda, y ella es la causa de la mayor parte de los desaciertos que cometen las mujeres; y esta subyugación domina á la mujer casi toda la vida, poco adelante hace el hombre en una sola eucarnacion, pero muchísimo menos hace la mujer.

Cuantas veces las observamos en una reunion espiritista, mientras los hombres atienden á las comunicaciones ó lecturas morales; ellas se miran unas á otras los trajes, los lazos, los peinados; se preguntan á hurtadillas cuanto les ha costado el abrigo, quien les ha hecho el vestido, si es muy cara la peinadora, al menor ruido vuelven la cabeza; parecen en fin el movimiento continuo, á todo atienden menos á lo que las puede instruir.

La murmuración es su más agradable entretenimiento, nada respeta la lengua de la mujer; empezando por murmurar de su marido; rara es la mujer que al hablar del compañero de su vida; no dice sonriéndose.— Mi esposo no es de los peores, no me puedo quejar, pero ¡ay! tiene un génio... que, ¡ben-dito sea Dios! y como la paciencia toda la agotó Job, francamente, hay ocasiones... que me iría lejos... y esto lo escuchan los hijos que se acostumbran á oír hablar mal de su padre, y así se forma la familia de la tierra que no es mas que una amarga irrisión de la verdadera familia.

Para qué habria sido creada el alma de la mujer sino la esperara *el que siempre nos espera?* ¡el tiempo! ¿qué sería de esos espíritus rebeldes ayer y volubles hoy si no tuvieran la eternidad y el progreso indefinido por patrimonio?

¿Responderían al pensamiento de Dios? No; y lo mismo le sucede al hombre, si el tiempo no le esperara, desgraciado de él; mientras la mujer malgasta muchas horas de su vida cambiando de forma sus vestidos, él dominado por la ambición, estudia la mejor

manera de oprimir á los débiles, y estos á su vez hacen cuanto les es posible por sacudir el yugo, y parece que la ley de la destrucción es la única que rige en el mundo.

Agosta un hombre, (por ejemplo) parte de su existencia en buscar la solución de un problema científico, y apenas ha pronunciado la palabra mágica de Arquímedes, apenas ha dicho *Eureka*, cuando una multitud de sabios envidiosos dicen á voz en grito:— Ya lo sabíamos, esa idea no es nueva, lo será el procedimiento que ha empleado, la forma, pero no el fondo, y todos á la vez se conjuran para deshacer en un segundo los afanes de muchísimos años.

Ahora bien, ¿responde esta humanidad envidiosa y antojadiza á la grandeza de su Creador? Sus mismos hechos demuestran que está tan lejos de asemejarse á su divino Padre, como la sombra á la luz, como lo finito á lo infinito.

El hombre tiene que tener existencias sucesivas para responder á la nobleza de su origen, por esto no hemos podido menos que sonreír al leer lo que dice Ferrán.

Con el tiempo aprenderás
á saber lo que es el tiempo;
Lo malo es que algunas veces
llega muy tarde el remedio.

Ignora el poeta que en la eterna vida del espíritu nunca se hace tarde; si se malgastan cien encarnaciones que da la eternidad, que da ese día cuyo amanecer nadie ha visto, cuyo crepúsculo vespertino nunca llegará.

Cuán consoladora es esta certidumbre y cuán lógica á la vez, que es lo que principalmente se debe buscar, la lógica en todas nuestras deducciones y creencias; por que sino atendemos mas que al consuelo, las religiones también consuelan, prometen cielos, que es todo cuanto se puede prometer; y aunque también aseguran que existe el infierno, en cambio no titubean en hacernos creer que con un segundo de arrepentimiento quedamos limpios de toda mancha, y entramos purificados en el paraíso y nos sentamos á la derecha del eterno padre. Este porvenir no puede ser mas halagüeño ni

tampoco mas absurdo considerado friamente bajo el criterio de la razón; por que si así sucediera, seria muy cómodo satisfacer todos nuestros deseos, arrojarnos, si era preciso, en la senda del crimen para ver cumplidos nuestros propósitos, y luego cuando ya no pudiéramos gozar de la vida por que viéramos la diestra de la muerte suspendida sobre nuestra cabeza, darnos unos cuantos golpes de pecho, decir con voz compungida: ¡Señor! me arrepiento de mis culpas! é irnos al cielo derechos quedando sin castigo todos nuestros crímenes; y esto es completamente imposible; preferimos la teoría materialista á creer en un Dios tan torpe que se contenta con tan poco. En cambio, la pluralidad de existencias del alma con el constante trabajo del espíritu; es completamente racional. Si Dios dá á cada uno segun sus obras, para ejecutar esas obras necesariamente se necesita tiempo; una encarnacion es insuficiente, y sucesivas existencias dan ocasiones propicias para reflexionar, meditar, comparar, analizar, y con completo conocimiento de causa, inclinarse al bien despues de haber sufrido todas las consecuencias del mal, dice la Jorge Sand y dice muy bien, que «El hombre que no ha sufrido no es nada. Es un ser incompleto, una fuerza inútil, una materia bruta y sin valor que el cincel del artifice romperá tal vez cuando pretenda darle forma.»

Y es muy cierto lo que asegura la distinguida escritora. El espíritu cuando está probado en las luchas de la vida se encuentra apto para todo, no conoce el imposible, llega hasta el sacrificio sin exhalar una queja; por que solo despues de haber naufragado, se aprecian en todo lo que valen los apocíoles goces de la bonanza.

Queda demostrado que el tiempo siempre nos espera; imagen de Dios para él nunca se hace tarde, y si Ferran asegura que *el tiempo llama y no espera*, las racionales enseñanzas del espiritismo nos manifiestan que el hombre tiene ante si el infinito del progreso y el infinito del tiempo, este *siempre nos espera!*

Amalia Domingo y Söler.

LOS JESUITAS

por

RIGOBERTO CABEZAS.

FRAGMENTO.

Los jesuitas son explotadores cosmopolitas.

Son el antidoto de la civilización.

Son los corruptores de la humanidad.

Son plaga dañina, peor que la langostaria.

Son demonios, con piel de cordero.

Son pestes sin remedio.

Veneno.

Cáncer.

Es sociedad enferma de todos los males.

Sus conventos son guaridas.

Sus asilos cavernas.

Sus colegios lupanares del alma.

Un jesuita sonríe y mata. Siempre anda sonriendo.

Un jesuita os vuelve la espalda y sin embargo os puede mirar.

Receta veneno en el rapé que os obsequia, en la palabra que os dirige, en la tierna y llorosa mirada, en el consejo, en la lección.

Es semilla fatal.

Tiene armas tenebrosas.

Cuando anda en la oscuridad es con paso tortuoso.

Es falso el color de su cara, la ojera es pintada, finje huellas de maceración.

Cuando se hace su *toilet* infernal mezcla con risas lo tenebroso, y celebra el éxito como buen cartujo.

¡Los jesuitas!!

Sus rezos son crápulas.

Sus crápulas son terribles.

Cuando están de crápula, son furias en brama.

Cuando se arrodillan, es que se revuelcan.

Siempre se arrodillan para pedir á Dios.

Fingen pedir á Dios y lo insultan.

Fingen sostener á Dios y conspiran contra él.

Tal es su maquiavelismo, que casi se ocultan á las miradas de aquel.

Tal vez el Padre Eterno tiene un jesuita bajo su excelso trono, y aun no le ha llegado el olor á azufre, á pesar de su divino olfato.

Son sábios como Satanás.

Satanás mismo los teme y se ha puesto bajo sus banderas.

Un jesuita, en el confesonario, es el cascabel que acécha.

Cuando no arrastran, porque fascinan, arrastran con su aliento poiteroso.

En las faneas de esa especie de monstruos cabe todo.

Son voraces.

En su corazón adoran la gula, la avaricia, la envidia, y su decálogo consiste en los pecados capitales aumentados y corregidos en un Sinaí que es abismo.

Su Moisés verdadero no se conoce, por qué á Ignacio lo desprecian.

Sobre esto nada ha dicho Escobar.

Son tan andaces, que se asilan en lo santo.

Detestan el poder de Dios y lo imploran.

Los persigue un enemigo: se transforman; sin saber á que hora; y saltan á vuestro cuello acariciándoos.

No tienen cara esos hombres: la cara de jesuita la adivina apenas otro jesuita.

Pero siempre son puercos.

Siempre el jesuita será jesuita.

Siempre esos beduinos encontrarán en guardia el progreso y la verdad.

No escaparán nunca al ojo formidable, que les tiene clavado el siglo.

Alcanzarán á ser amigos de Guardia, pero un presidiario los mirará con horror.

Son dulces, como un confite envenenado.

Son persuasivos é insinuantes, como la mala tentación.

Cuando no domina su mirada, se calan anteojos.

Sin embargo, á través de sus pupilas apagadas, se adivina afecto ilícito y amor nefando.

La niñez es ciega y se envanece de la obtenida distinción.

Se hacen querer mucho.

Afecto que se parece al que profesa un vicioso al vicio.

Son expansión del instinto malo de los niños.

Recreo del perverso.

Modelo del malvado.

Personificación de inmoralidad.

Tiranos de las tiranías.

Obedecen mandando, esos hombres que falsifican humildad.

El poderoso tiembla ante ellos.

El Papa, como Satanás, necesita respetarlo y lo respeta.

Son implacables, vengativos, feroces, almas de hielo, divinidades de cieno.

Si algún hombre honrado pensara ser infame, escogería la fórmula jesuitica; tal se parece á lo bueno su maldad.

Parecen santos y son solo hipócritas.

Ser afeminado, para ellos, es ser humilde y de los humildes es el reino de los cielos.

Ser hombre de varoniles arranques es ser soberbio, y los soberbios serán abatidos.

De afeminado á lo demás hay un paso.

En ese paso, ponen flores, sonrisas, caricias, palmotadas á la espalda, y aun besos paternales.

Lo demás ya se sabe ó se presume.

Los jesuitas educan hombres, pero son mejores para educar mujeres.

Si quiera así serían menos infames.

Buenos ennuços encontraría un Tiberio en esos colegios.

Si pisaran las ruinas de Pentápolis volvería á llover fuego del cielo.

Tales serrallos alcanzan á ser colegios, porque además de un dormitorio, hay una biblioteca.

De no la justicia tendría buena cuenta que pedir en esos asilos.

La luz de los cielos daña á esos señores del antro; por eso andan con los ojos bajos, con la frente doblada y ademan recogido.

Es para cuando se guarda el aire macilento y las ojeras pintadas.

Son reservados, y esta es la primera facultad del jesuita.

Para los jesuitas, es la reserva, lo que para el zorro la estucia, lo que para la ser-

piente la sagacidad, lo que para el tigre, de cráneo chato, la traicion, lo que para el gato la rapidez relámpago, lo que á todo ser es injenito ó intuitivo.

La reserva de los jesuitas es astucia, sagacidad, traicion, rapidez.

Prefiero una tempestad que rija, á un jesuita que calle. Me bato con mas gusto con una fiera, que hacerme de caricias con esos histriones, débiles y fétidos.

Nunca ven de frente.

Ver de frente es concupiscencia; se ha de hacer de reojo, así como espía.

El jesuita no ve, mira siempre.

Le es lícito al jesuita volver los ojos al cielo con unción, con humildad, y esto aun que sea en presencia de todos.

Aman al delator, y el delator los ama á ellos.

En sus colegios se fomenta el chisme.

Prefieren siempre al espion.

El alumno jesuita está en el colegio como en su casa, ó mejor dicho, el jesuita está como en casa del educando.

Así se informa de todo lo que no le incumbe, así hace preguntas indiscretas. ¿Tu familia es rica ó pobre, vive en la miseria ó en la opulencia? ¿Tus padres se llevan bien? ¿Por qué disputan ó por qué no disputan? ¿Qué ideas tienen padres, hermanos, parientes, amigos? ¿Qué sabes de esto? etc., etc.

Cúmulo de preguntas que son todo.

Un jesuita, que llega hoy sabe mas que nosotros de lo que vemos todos los dias, desde que nacimos.

Son el crimen milagro: entes que palpamos, y sin embargo, invisibles.

Si fueran honrados, no tendrían precio para policias.

Nadie les sigue la pista porque ellos siguen la pista de todos.

La confesion es bocado que se desea en colegio de jesuitas. ¡Cuántas preguntas, cuántos escrúpulos!

Arranques de tremenda cólera y ternuras que hacen llorar.

Penitencia, generalmente suave.

Se parecen á Dios en que están en todas

partes, y son demonios familiares, porque todo lo oyen.

Oreja fina, como de jesuita ó físico, debe decirse.

Alcauzan á no dar celos al rey de la tiniebla.

Luzbel se embriaga contemplándolos.

Cuando hay zozobra en el antro, recibe el infierno consuelo de los jesuitas. Son la esperanza de los demonios; la satisfaccion, que reclama, el penado en medio de aullidos es acento de jesuita.

El jesuita consuela al condenado, lo consuela ensoberbeciéndolo. Dar á beber soberbia es receta jesuitica.

El soberbio está bien en todas partes, porque es un idiota de nuevo género.

Creyéndose grande, le parece serlo.

Un jesuita trabajando, es espantoso.

El hábito lo tira á un lado.

Se arroja la manga, y se descubre el brazo.

Después empuña, magistralmente, el acerado puñal.

Registra la estancia. Parece azorado.

Hay en sus ojos relampagueo de sombras.

Inspiracion fatal que baja y lo enloquece.

Cruzan por su semblante nubarrones encapotados.

Cuando acaba de hacer la requisa, como que se transfigura. Aparece en sus labios una sonrisa que aterra, y se empiezan á contemplar operaciones curiosas.

En su laboratorio fabrica el jesuita veneno para la humanidad.

Algunos ejemplares de ese frasco han espantado á los papas.

¡Un papa! Un papa, con su excomunion; lo mas grande, el orgullo, el poder sin rival, un papa, que desafía á un rey, un papa implacable, que hace rodar coronas á impulso de sus maldiciones; un papa, que hace esperar al soberano á la puerta de su castillo, hasta que le da su gana. Los héroes de humillaciones como Canosa, se encorvan, se arrastran suplicantes, plegadas las manos, y con acento cerval á los piés de un simple jesuita.

El jesuita finge que huye y él le persigue de rodillas.

La compasión de un jesuita para el papa dá miedo.

Es la serpiente, enroscada al cuello, que impone condiciones. El que está bajo sus anillos, que parecen de hielo y son de hierro, pónese epiléptico.

La gaita de un jesuita no solo eso parece, parece mano de muerto, resuelta á estrangular.

Ya en la agonía, si trata el jesuita: cuando su poder inmenso toma proporciones infinitas, al lado del antagonista, que apenas implora y suplica sin respirar casi.

El jesuita tiene un secreto incomprensible.

Tiene en sus dedos, en sus ojos, en sus palabras, en su ademán, una máquina neumática.

El que está cerca pronto agoniza.

Una vez que el jesuita os aterra; una vez que el jesuita ha filtrado terror y espanto, hasta en la médula de los huesos; una vez que comprende que no lo olvidareis jamás, entonces os manda.

No tiene mas que levantar el dedo y señalar.

Ya sereis el profeta de la mala nueva.

Ya la sabiduría del infierno ha bajado en lengua de fuego.

Por eso comprendereis con un ademán.

Este lenguaje silencioso es otra arma de los jesuitas.

Así son de misteriosos: es menester estar iluminado, para sentir el rumor de la tempestad que se acerca.

Temblad, cuando un jesuita vuelve sus ojos en blanco, y los dirige al cielo; entonces es que implora á Luzbel.

La humildad del jesuita es livida.

Cuando le azota la rabia, cruzan por su rostro corrientes de un amarillo vilioso, que se parece á nada, y que remeda así, como azufre encendido, en circulación.

Ni es el azul mortecino de la llama, ni el amarillo encendido, pero es una mezcla fatal, seguro augurio de terrible emoción.

Cuando el jesuita se pone así, temblad:

Tiemblen vuestros hijos.

Tiemblen los hijos de vuestros hijos.

Pelean á la muerte vuestros despojos, y no os olvidan ni en vuestra última generación.

Explotan la venganza

Si teneis una hija bella, allí irá su lascivia, en figura de torbellino.

Sea tierna, como esos ángeles que hicieron esclamar al Nazareno. «Acercaos niños á mí.» Sea cómo sea, el jesuita no se contiene; es la verdad, que á veces no puede contenerse, tal es el impulso, que aprende á dar á sus malas pasiones.

Cuando el jesuita se lanza, es semejante á la bala de terrible cañon. No hay nada que le contenga; y no se estrella porque tiene inteligencia.

Lo mismo les dá esos hombres puñal que veneno.

Duerme para matar ó para violar.

Sus narcóticos nadie los conoce.

Borgia los ensayó. Dicen que la mujer serpiente, una Médicis tambien los ensayó.

Sus templos son cloacas.

Van á la cloaca y se bañan en fango.

Cerdosos con inteligencia que inspiran pavor.

Cuando se sacuden, enlodan.

La trompa de esos javalies tiene no solo colmillos amarillos y asquerosos; así son tambien de aliento mortal.

Cuando confiesan aplican la trompa.

La lascivia de un jesuita es tempestuosa.

La contrariedad de un jesuita puede como los volcanes ser catástrofe.

Son tenaces en perseguir, en esto solamente se parecen á los asnos: tienen su paciente terquedad.

El pecho de un jesuita es un volcan: arroja lava; no os cuideis del Vesubio, pero sí de la lava del jesuita.

Cuando se agitan todo tiembla al rededor de ellos.

Y sin embargo, los veis quietos, pálidos, al parecer moribundos, sin aliento casi: pero, en su pecho está la Estigia, y todo hierve y se condensa en gases en sus cabezas infernales.

Estos gases componen inspiracion.
¡Tremenda inspiracion, que tiene el don
de disponer de todo lo malo, de todo lo ter-
rible.

La cabeza de un jesuita es la mano de Jú-
piter,—lanza rayos.

Nada hay sobre la tierra mas terrible que
un jesuita.

La misma verdad está trémula en presen-
cia de esos hombres.

El mismo honor, vacila en su pedestal.

Pará tratar con esos hombres no bastan
ojos.

Siempre os engañarán.

Siempre saldreis perdidos en la partida.

Os estafarán vuestro dinero.

Mas hábiles que los mas hábiles escamo-
teadores, no se contentarán con registraros
el bolsillo, os robarán el corazon, sin que
sintais á qué hora.

Por eso se despierta jesuita, el que se acos-
tó honrado.

Son capaces de hacer confesar á Voltaire.

El que se acuesta Pascal se levanta Es-
cobar.

¡Plagiarios incomprensibles!

Un nihilista jesuita sería el ideal: sin di-
namita moveria esa mole enorme de hielo
llamada Rusia. Desgraciadamente eso no
puede ser; sino pobre del Czar.

Meterian bajo un cubilete al gigante y al
levantarlo nada habria.

Si el jesuita no fuera quien es, yo le crea-
ría hechura de Dios.

En todo caso tiene un poder inmenso.

Esa *colmena* de demonios parece mentira.

Figuráoslos en una gran sala, se acercan,
se atejan, van, vienen, cuchichean, des-
pues se sientan.

Cuando se sientan es que va á principiar
la lucha; mal he dicho, entre ellos no hay
luchas.

Esos titanes del abismo tratan de escalar
el cielo.

Ninguno de ellos lo cree difícil y casi po-
dría decirse: el jesuita lo hará.

Esos quasi dioses renovan el juramento,
la promesa y reciben consigna diaria.

No es extraño ver en la sombría sala ojos

como ascuas, puñales que relumbran agita-
dos al aire.

Se rien y lloran.

Rien de despecho, y rabia, lloran de pla-
cer.

Los jesuitas son muy antiguos.

No se conciben tiranías trájicas sin je-
suitas.

Hacen beber la cicuta á Sócrates.

Jesús osa descubrirlos, y cuando los
apostrofa diciendo «sois sepulcros blanquea-
dos.» los adivina, tal cual son; con su mi-
rada sin rival.

A Jesús le azotan, le hacen ir al Calvario,
le escupen la cara, le dan á beber biel. Ya
muerto, parece que lo perdonan; pero son
mas implacables, le guardan hasta en su se-
pulcro y le roban su nombre.

¿Dónde hay ni podrá haber venganza co-
mo esa?

Yo adivino á un jesuita en el alma de
Neron, cuando contemplo ese demonio, vio-
lando el cadáver de su madre: de su madre
infame tambien; que moribunda llama á su
hijo para besarle é incitarlo á la cópula
monstruosa, con la esperauza de salvar el
asesinato con el incesto.

Yo creo adivinar sobre el lecho de Agri-
pina el alma de un jesuita.

Parricidio é incesto debea ser obra de je-
suita.

Yo imagino ver un jesuita representado
por el destino en la fábula de Edipo.

Yo creo adivinar en los queridos de Ne-
ron; Pitágoras y Esporo, á dos jesuitas.

Despues, la rabia jesuitica, enciende la
hoguera: bace la San Bartholomé; y profa-
na los huesos de los mártires.

Parece que todo esto sería el colmo.

Pero plantan el confesonario; no conten-
tos con ser laicos; quieren ser religiosos.

Allá, salta Loyola, que no supo lo que
hizo.

Dicen misa, y les repugna la ostia, por-
que es asiada y la ensucian para poderla
tragar.

La sangre convertida en vino descáran
la sangre pura.

El confesonario es agencia.

Los unos con otros en liga, pactan y lanzan á las víctimas

Sorprenden el pudor.

Pero aun mas sorprenden el cinismo mismo.

El descoco tiembla ante ellos.

En el confesonario se expia, se catequiza, se enamora, se corrompe.

Los confesonarios de los jesuitas despiden miasmas.

Una confesada de jesuita es una prostituida del alma.

Despues venderá su cuerpo por una misa y un responso.

En esas negociaciones gana la beata el dinero, para invertirlo en el descanso y reposo de su alma.

De aqui las caras misas de San Gregorio.

El lupanar en liga con el altar.

Bloqueo crimen.

La misa invocada en los vértigos de una pasion vergonzosa.

¡Oh! horror!

¡Iniquidad sin nombre!

Humanidad! Pobre y desgraciada humanidad, siempre tendreis encima esa plaga.

Los jesuitas serán eternos.

Eternos como el mal.

Hoy vístén ese sudario negro, emblema del Vaticano; mañana ceñirán la escarapela roja y el gorro frigio de la Revolucion.

Esas águilas ciclópeas dejarán el abisino, y clavarán sobre la afligida tierra la tétrica mirada. —Casi puede llamarse magnífica esa creacion del averno.

Hasta Dios parece impotente, con esos demonios soberanos.

(De *El Horizonte*).

LA VAGAMUNDA.

¿A dónde vá?... ¡Quién lo sabe! Como la débil pluma que el aire arrebató, y hace girar por los anchos espacios sin rumbo ni guía, así la niña corre desalada, y á intervalos cae y desfallece y otra vez luego se alza y camina. ¡Pobre criatura! El viento la azota con sus ráfagas frias; la lluvia le clava sus saetas de agua; el estruendo de la tormenta le infunde pavor.

La noche es horrible. Ni una estrella en el cielo, ni una luz en la tierra. Negro está el horizonte cerrado. Entre las ramas de los árboles silba furiosamente el huracan. Diríase que la Naturaleza entretiene sus ocios en chanzas diabólicas. Zimban primero los truenos espantosos, y parece que se juega allá arriba una partida de enormes carambolas. Despues, redobla sus bríos la tempestad, y semejan sus fragores horriboson salvas gigantescas de artillería.

La niña infeliz prosigue su carrera, vá cruzando por el campo desierto, y lleva mojada su harapienta ropilla y con manchás de fango sus piés endebles y menudos. Adelante; un poco más; y se acerca á la ciudad ya próxima... La fatiga le rinde y faltándole las fuerzas. No importa; adelante, adelante. Por fin se para; lanza un suspiro, y «¡Madrecita mia!» dice llorosa. Pero ¡ah! ya llegó.

¿Quién es la niña que gimé sin consuelo? ¿Cómo vaga, abandonada y perdida sola y hambrienta, sin pan ni albergue? Ella misma lo ignora; jamás conoció á sus padres, y su nombre no es más que un recuerdo que invoca en sus horas de angustia, y que aprendió á balbucir en los días primeros de su infancia. Una familia compasiva y benéfica, dolida de su miseria y sus desgracias, la acogió en su seno y dióle proteccion; más la muerte implacable destruyó aquel asilo, bajando á la tumba sus pobres bienhechores, y entonces ella se encontró solitaria y sin amparo. ¿Qué había de hacer? Sólo un recurso le quedaba; y aprovechándolo, logró

só como tantas otras en las huestes infelices de la mendicidad.

Erró de puerta en puerta, imploró la caridad y la limosna, y vivió, en fin, vagabunda y buérfana, sin hogar donde refugiarse ni lecho en que dar descanso á sus miembrecillos fatigados. Para todo reposo, la piedra dura; para todas las penas, el olvido del mundo. ¡Cuántas veces le sorprendía la ventisca, y no hallaba sitio donde guarecerse, ni abrigo para calentar su cuerpo aterido! Ya la hemos visto, precipitada y trémula, combatida por los elementos desencadenados, llegar al término de su rápida marcha, y detenerse cansada y rendida. ¿Dónde se acoge? Miradla, ya esconde su menguada personilla en el hueco de un ático; allí deja pasar la lluvia, amanecer el día limpio y sereno; pero el frío de la noche la ba entumecido, y aún permanece helada y silenciosa.

A favor de la luz podemos observarla. La niña sin ventura, la vagabunda desamparada, la pobre Pepa en fin,—que tal es su nombre,—tiene la complexion enfermiza de las naturalezas débiles y descuidadas, exigía la estatura que han de aumentar los años, pálido el color, expresiva la fisonomía. No carece ésta de cierta gracia y de alguna belleza, aunque la edad oculta todavía el misterio de lo futuro; es la crisálida antes de convertirse en mariposa; es el busto á medio modelar, la obra en planta. Sin embargo, bajo las líneas indeterminadas de la niñez, parece que se adivinan y presienten las curvas gallardas de la pubertad: columbranse en sus rasgos mal trazados los contornos correctos de la mujer; aquel talle ahora snave, será en su tiempo marcado y esbelto; aquel seno naciente y leve, adquirirá más tarde atrevimiento y riqueza; aquellos ojos animados é ingenuos, brillarán algún día con la llama de las pasiones. Dad á Pepa dos lustros más, sobre los años que ya cuenta; sustituid su traje raído con vestiduras elegantes, y tendreis formado enseguida un tipo hechicero.

La flor de la inocencia expuesta al contacto impuro del mundo es una perla virgen que cae en el lodo y se mancha. La niña desgraciada de cuya triste vida somos narradores, llevaba en su alma gérmenes innatos de bondad, sentimientos nobles de pureza, las vagas inclinaciones de aquel corazón angelical no se adaptaban fácilmente á los azares de su penosa existencia; cansoso de andar errante, y consideró asaz pesada para sus flacas fuerzas la carga insoportable de su vida de mendiga. Entonces quiso ingresar en un establecimiento benéfico; pero ¡ah! era sola en la tierra, no tenía quien le presentara con amor, y las puertas de la casa de caridad permanecieron cerradas á sus ansias. De otro lado, ballábase solicitada en opuesto sentido por las sugerencias de sus compañeras de orfandad, ya acostumbradas á las aventuras de su situación. Pintábanle con sombríos colores y recargando en el cuadro las tintas negras, aquella vida de reclusión estrecha y de inflexible método, conque la niña inocente solía soñar, en sus boras de fiebre y desconsuelo, y procuraban disuadirla de sus propósitos de retiro y sus deseos de soledad. ¿Cómo no? La pobre vagabunda acabó por respirar con holgura y como en su atmósfera más adecuada, en aquellas esferas donde se había agitado desde antiguo y en donde hallaba únicamente espontánea acogida. Parecía que la fatalidad la encadenaba, y no le permitía desarrollarse en espacios más amplios y en regiones más purificadas; el cúmulo de los sucesos, el hábito de aquella vida, todo le retenía, todo le empujaba en la senda escabrosa, quizá en el precipicio sin fondo que ante su vista se presentaba.

—¡Pepa, Pepilla niña infeliz! gritaba acaso una voz misteriosa, allá en los senos de su infantil conciencia: ¿por dónde caminas y hacia donde corres? Detén, detén tu paso; no avances más, retrocede y llora; busca otro norte para tu vida, dirige tu mirada á horizontes más claros; ¿no ves la sima que á tus plantas se abre? ¿no sientes el vértigo del abismo que te atrae para devorarte?

—¡Que dónde voy! parecía responderse la

mendiga; ¡a donde me llaman las atracciones del mundo; a donde me veo arrastrada por fuerza superior! ¿puedo, por ventura, tomar otro rumbo? ¿no me impeló mi destino hacia aquí? ¿cuento yo con amparo en la tierra? ¡Pues qué he de hacer sino dejarme llevar!.. ¿Qué cuál será el término de mi oscura existencia? ¿y quién es capaz de adivinarlo? ¡sea el que quiera, mi suerte está echada! ¡Fuera, fuera escrúpulos!.. ¡fuera vacilaciones!.. ¿Me agobia tal vez el peso del alma? No importa; yo la arrojaré lejos de mí; viviré sin ella, y adelante; siempre adelante!

A partir de este día, todas las dudas fueron desechadas y todos los recelos dados al olvido. Pepa se transformaba lentamente, pero de un modo definitivo y radical. Creció; y ¡ojalá que hubiera podido burlar las leyes eternas de la naturaleza, y permanecer hasta la muerte en su inofensiva pequeñez! porque a medida que sus años aumentaban y su cuerpo se desenvolvía, era también mayor su alejamiento de la inocencia primitiva y su aproximación a las sirtes del pecado.

¡Ah, qué crisis tan peligrosa!.. La resistencia, débil, la atracción, incontrastable; a la caída, el fango... ¿Quién no se siente movido a compasión?

La sociedad es cruel con los desgraciados; lejos de apartarlos del crimen parece que en él los precipita sin piedad... ¿Qué era de Pepa, la niña vagabunda? La edad reclamaba sus derechos; la mujer comenzaba a desarrollarse. Jamás como en este período de transición y riesgo, necesitaba ella de auxilio y protección; preciso, indispensable de todo punto un consejo sano; una guía recta; ¿y qué encontraba, por el contrario, entre el torbellino del mundo y los embates de las pasiones? No hace falta decirlo. Ved ese espectáculo, nunca interrumpido, que contrasta y espanta a las almas honradas; observad cómo son recibidos los hijos infortunados del acaso, los verdaderos desheredados de la suerte. Niñas abandonadas a la miseria, con el corazón inmaculado y virgen, tornan pronto en seres corrompidos; el mundo les enseña todos los refinamientos

del mal, y les sumerge en todas las infamias del vicio, no hay remedio, ni misericordia, ni lástima, se les hostiga, se les hiere, casi se les acosa como a fieras, y luego... ¡se les despeña y se les mata! ¡Ese es el término! ¡la muerte fatal!

Pepa, la huérfana sin ventura, no podía ser una excepción ilógica de esta ley inexorable; a cada paso se deslizaban en sus oídos insinuaciones perversas y frases malévolas, lanzadas algunas por esas gentes a quienes la sociedad califica de sensatas o hidalgas, y que no reparan en lastimar a mansalva la castidad de la inocencia, en un pasatiempo ligero y con un rasgo de humorismo. La vagabunda escuchaba al principio, sin comprenderlos, estos desahogos nobles y delicados de almas todavía más noble; escudábala su ignorancia contra estas emboscadas del cinismo; pero era en vano. Aquella criatura respiraba en ambiente mefítico, y por fuerza habían de absorber sus pulmones los miasmas dañosos, lo intenso del mal la vencía, la doblegaba a su peso, y concluía por penetrar en ella triunfante y vencedor. Las primeras impresiones de aquella lucha sorda y decisiva entre su espíritu honesto y las acometidas de la licencia, fueron el sonrojo en el rostro y el caos en la mente... El instinto invencible de su pudor nunca profanado, le hacía adivinar al cabo las asechanzas de la impureza, que recibía su recato con las ardientes llamaradas del rubor. ¿Y qué? El mundo no cede a un ataque insuficiente, sucede otro más poderoso: a una embestida débil, otra feroz y destructora... El alma de la mendiga acabó por connaturalizarse con su estado; y no sólo fue derrotada en la contienda, sino que se inficionó hasta los más ocultos repliegues de su ser de aquella corrupción inmaterial, de aquellas emanaciones del vicio, esparcidas en los aires, en la atmósfera donde alentaba, en las esferas todas donde se agitaba y desenvolvía. ¡Oh, sí! Estaba perdida, perdida para siempre. Pepa inocente, Pepa cándida, Pepa virtuosa, sintióse invadida con brusco ímpetu por la ola de la depravación. Trocóse entonces en un ser bajo y estragado... ¿qué le importaba

conservar su cuerpo limpio é ileso, sin la primera mancha de la culpa?... El abismo la atraía; la distancia que aún le restaba que salvar era muy corta, y la caída inevitable y segura. A la perversion de los sentimientos, seguiría bien pronto la de la carne; el vértigo de los sentidos la arrebatara sin remedio; un ángel ménos y una víctima más.

Pepa sucumbió. El encanto de su propia belleza, ya en el mayor apogeo y esplendidez, realzada con los incentivos de su lozana juventud, sirvió para precipitarla más rápidamente. Ella, pobre y desamparada criatura, luchando sin tregua con todas las estrecheces del infortunio, con todas las privaciones de la indigencia, sintióse halagada por vez primera, al reconocerse mujer y hermosa, por las promesas brillantes de una felicidad deslumbradora; labios tiernos y audaces murmuraron en sus oídos palabras de seducción, y soñó con un porvenir sonrosado y dichoso, libre de la miseria y pródigo en goces. Al mismo tiempo, al despertar de la adolescencia y brotar en su virgen naturaleza effluvios tentadores, ardió en sus venas la sangre alborotada, y sintió, febril, la sed de los deleites. Entregóse, pues, ¡la desgraciada! á todos los desórdenes del vicio, y así derrochó á manos llenas el caudal entero de su salud y de sus gracias...

¿Cuál fué el término funesto de su caída?... Fácil es adivinarlo. La que era en otro tiempo niña inocente y candorosa, consumió en livianas sensaciones los años mejores de su existencia, y encontrándose al fin de ellos envejecida y enferma, acabó sus días y exhaló el último suspiro en el lecho de un hospital!

¡Vida de horrores la suya; comenzada en la miseria y concluida en el pecado! ¡Ved el fin de la pobre criatura, abandonada en la tierra á sus propios instintos, sin amparo, sin protección, sin guía! ¿Merece sólo compasiva lástima, ó tal vez condenación severa?

¡Ah! ¿quién sabe la parte de responsabilidad que podrá caberle en su delito?..

Mujeres desdichadas, que os entregáis al cabo á la corrupción y á la deshonor; hombres que acabáis la vida en el fatal cadalso... ¡la sociedad os deja sin auxilio en el mundo, huérfanos y aislados, y luego os acusa como si fuérais los únicos responsables de vuestras faltas y de vuestros crímenes!

P. LANGLE.

CAMPAÑA CLERICAL.

Nos hace saber *La Propaganda Católica*, que los párrocos de Lérida han dado una batida general á El Buen Sextido, predicando sobre los errores y peligros de su lectura. Debíamos de haberlo adivinado por el aumento que la suscripción de nuestra Revista ha tenido de algunos días acá; sin embargo, no habíamos caído en la cuenta; y como no frecuentamos los sitios donde los batidores se reúnen, ni sus gritos para levantar la caza llegaron hasta nosotros, ignorábamos en absoluto que hubiésemos sido objeto de la clerical batida. Damos las gracias por la buena noticia al órgano del Rdo. mosén Rufes, y creámonos la inofensiva *hoja*; se las damos con toda sinceridad.

¿Cómo se gallardearían los párrocos en sus respectivos pulpitos declamando bizarramente contra el condenado periódico que tiene la osadía de decirles, una vez cada mes, y no en latín como ellos suelen para que nadie les entienda, sino en castellano, para que lo entiendan todos, las verdades del barquero! Nos parece que los estamos viendo y oyendo. El rostro encendido en santa ira; los ojos chispeando de divina cólera; moviendo rápidamente los brazos como los ángeles sus alas cuando se precipitan de las alturas para exterminar á un impío; cantando con plañideros ayes unas veces, y otras con la ronca voz del trueno, á manera de los antiguos profetas, los odios de Jehová y sus terribles venganzas! El lobo devorador ha asaltado el redil católico para sembrar la confusión y el desorden en el rebaño aprovechando el sueño de los pastores: el infierno ha vomitado de su más honda sima á Luzbel, ó á cualquier otro de los príncipes infernales, con la horrenda misión de tomar piso en Lérida, encarnarse en el director de una Revista anticatólica y emprender en las columnas del periódico la más abominable campaña contra los mansos, los humildes, los caritativos, los puros, los castos, los impecables, los infalibles, los santos ministros del Señor. Ni las diez plagas legendarias; ni el agua del Se-

gre convertida en sangre, ni las ranas inundando la huerta, ni los cinifos y moscas de venenosa picadura, cayendo en legiones innumerables sobre el indefenso vecindario, ni la peste bovina, asnal y caballar; ni las úlceras malignas, ni los truenos, rayos y granizo, ni la langosta talando el término y devorando hasta los adoquines de las calles, ni las tinieblas palpables sumiéndonos á todos en hórrida y cavernosa noche desde la embocadura de la calle de Magdalena hasta el ensanche de San Antonio, ni la muerte de los primogénitos, así de hombres y de animales como de aves fluviales y terrestres; ni todas esas calamidades juntas, con otras mil que cavilando, cavilando, podrían imaginarse, causarían tanto estrago como la simple lectura de la endiablada Revista, que así trata á los clérigos, ni más ni menos que si fuesen simples mortales, frágiles pecadores, y no vice-dioses ó embajadores de Dios; con plenos poderes para tejer y destejer, atar y desatar, sepultar las almas en los abismos, ó llevarlas al cielo, bien en tren directo, bien haciendo escala en la estación del purgatorio. ¡Tratar á un sacerdote como á un hombre! ¡Investigar los negocios clericales y denunciarlos en público sin consideración al sagrado carácter que imprime y á los privilegios, fueros y exenciones que lleva consigo el orden sacerdotal! ¿No es santo todo lo que dice, todo lo que hace, todo lo que toca el sacerdote? Echarle en cara los pequeños negocios en que se entretiene, que siempre serán pequeños siendo temporales ó mundanos, echarle en cara esos pequeños negocios sobre el gran negocio de la salvación de las almas, ¿no es atrevimiento impío, diabólico procedimiento? ¡Oh tiempos! ¡oh benéfico tribunal del Santo Oficio, baluarte de la fe, terror de los incrédulos, guardián de las heregias, podadera de la viña del Señor, hoz de la cizaña racionalista, escudo de las debilidades clericales! ¿Por qué los impíos derribaron tus palacios? ¿por qué destruyeron tus mazmorras? ¿por qué apagaron tus hogueras? ¿Volvieras con tu antigua pujanza, con el esplendor de aquellos días en que aun los reyes temblaban al solo eco de tu nombre, y el diablo que habla por boca de El Buen Sentido no tendría más remedio que enmudecer y sepultarse en las llamas de su lúgubre mansion despues de haber pasado por las tuyas. Mas ya que estos no son aquellos tiempos, ni hay á mano un tribunal del Santo Oficio para la impiedad reinante, urge emplear todos los recursos hábiles para aminorar el mal: queda desde hoy en adelante prohibida la lectura del órgano de Lucifer en todos los dominios clericales: el que ose leer una sola frase, una sola palabra de la abominable Revista, *anatema sit.*

Ya lo saben nuestros lectores; El Buen Sentido ha sido condenado por unanimidad, *nemine discrepante*, por todos los párrocos de Lérida. En lo sucesivo nadie podrá alegar ignorancia de la responsabilidad canónica en que incurre por el mero hecho de leerlos. Nos gustan las situaciones francas y despejadas. Quien quiere que leyere

las páginas de nuestra Revista, *ipso facto* se sale de la comunión católica, sin que valgan escolásticos distingos para continuar en ella. Nos parece que hablamos claro; y, sin embargo, á tan bajo precio se cotiza ya el papel católico, que nos llevaríamos chasco si alguno de nuestros lectores dejara de serlo; ó alguno de nuestros abonados dejara la suscripción. Los párrocos de Lérida toman por firmísima adhesión el silencio de su auditorio, y se equivocan: el ochenta por ciento de sus oyentes no ignora que una cosa es predicar y otra dar trigo. Creen que su auditorio es todo el mundo, y se equivocan mucho más, el novecientos noventa y nueve por mil de los habitantes del mundo civilizado se rien á mandíbula batiente de los párrocos de Lérida y de sus compañeros ó congéneres.

De cada día tenemos más poderosos motivos para afirmar que el clero coloca muy por encima de los intereses cristianos sus intereses temporales. Esto nos recuerda la anécdota del fraile clamando al cielo y á la tierra porque los enemigos de la Iglesia atacaban la religión, y el caso se reducía á que media docena de mendigos hambrientos forcejeaban por arrebatarle un pernil que él defendía con toda la energía de sus pulmones y con toda la fuerza de sus puños. En las columnas de nuestra Revista, desde su aparición en 1875, hemos combatido todos los dogmas católicos, comenzando por el dogma del pecado original y concluyendo por el de la infalibilidad pontificia; hemos negado todos los misterios, desde la Trinidad hasta la transustanciación; hemos sostenido la ineficacia é inutilidad de todos los sacramentos; desde el Bautismo hasta el Orden, y aun hasta el Matrimonio, sólo aceptamos como acto meramente civil, como todos los que afectan al individuo en sus relaciones sociales; hemos proclamado la nulidad de los cinco Mandamientos de la Iglesia, la superfluidad de las ceremonias externas, la incompatibilidad de las enseñanzas católicas con las doctrinas de Jesús; por decirlo de una vez, hemos movido una á una todas las piedras que constituyen el edificio del catolicismo desde el cimiento hasta la cúpula; y sin embargo, mientras no hemos rebasado los límites de la propaganda teórica, y sus efectos no han repercutido sensiblemente en el bolsillo del clero, éste, por punto general, se ha hecho el desentendido ó se ha ocupado de nosotros indirectamente y con cierta moderación. Cinco ó seis periódicos que han intentado publicarse en Lérida en defensa de los intereses católicos y para combatir á El Buen Sentido, ha muerto uno tras otro por falta de suscriptores y del apoyo clerical, sin duda porque los individuos del clero juzgan que es demasiado sacrificio gastar cuarenta ó sesenta reales anuales en el sostenimiento de los dogmas. Pero llega el momento en que nuestra propaganda se traduce en hechos que vienen á mermar las utilidades de los ministros del culto; revelamos ciertos negocios religiosos de los cuales se sacan en consecuencia que el catolicismo, ha dicho muy bien uno de nues-

tros suscritores, se pesa por monedas de cinco duros; iniciamos los entierros civiles, que en pocas semanas se suceden hasta el número de siete; y como estos actos ya no atentan al dogma de la divinidad de Jesús, sino el presupuesto de ingresos, constituyendo una amenaza formidable para las arcas parroquiales en un porvenir no lejano, conjúranse todos los párrocos de Lérida contra nosotros, suben á sus respectivos pulpitos y soltando los vientos de su ira, claman que la religion está en peligro, y que el diablo anda suelto en medio del rebaño de los fieles, coleando y rugiendo desde las columnas de la Revista *EL BUEN SENTIDO*.

La anécdota del fraile es perfectamente aplicable á los párrocos de Lérida. Medite la grey católica, y se persuadirá de que lo que peligra no es la religion, sino el pernil.

J. A. y P.

(De *El Buen Sentido*).

EL ARREPENTIMIENTO.

Preocupada mi mente, en el daño inmenso que se ocasiona á la humanidad por el egoismo y malvada ambicion del hombre orgulloso, por lo materializado y entregado á bastardas é impuras pasiones, sufría mi espíritu, al contemplar el grave daño producido por ese gérmen destructor llamado orgullo, que todo lo santo y noble quema en sus sacrilegas aras. Y á la vez, considerando el gran progreso y adelantos de la humanidad hacia su verdadera dicha. Si por los magnates de la tierra y demás sucesores que dicen representar á Jesucristo, hubieran seguido su noble ejemplo de humildad y virtudes prácticas; sublime enseñanza que hubierran arrastrado inmensa multitud de hombres inclinados al bien comun de la humanidad, por cuanto que las virtudes prácticas conmueven más que las pomposas orativas y las apariencias; y el mal solo quedaría únicamente encerrado en el limite de la ignorancia. Un espíritu deseoso de comunicarse con el nuestro para manifestar su arrepentimiento por el daño que infirió sin duda en anteriores existencias, se expresó del modo que sigue:

«Queridos hermanos, si los dogmáticos, los metafísicos y teólogos que aparecieron

después de Jesucristo, y con ellos los demás, hubiéramos seguido en su pureza y direccion el pensamiento del elevado espíritu de Jesús, como divino maestro, doblemente adelantada se hallaría la humanidad en el camino del bien, ó sea en el de su perfectibilidad y progreso, hacia la completa dicha, á la que le conduce el bello ideal, el de la Redención.»

«Jesús nos manifestó: «que la prescripción de la Ley del Eterno Padre, (Dios) no es la dominacion material de los pueblos ó naciones unos sobre otros, por tal ó cual creencia, si no es el establecimiento de la paz general en el mundo y la fusion de las Naciones en la gran unidad de la familia humana» por que únicamente la ley de amor de su Eterno Padre es la fuerza de la redención como infalible y eterna verdad; pero el abominable orgullo, el egoismo y la malvada ambicion del hombre le desvia de la verdad sublime y le lleva al fatal deseo de tergiversar tan universal doctrina para falsearla tan torpe como miserablemente lo hemos hecho, sembrando el caos y produciendo el cisma por la ridicula ambicion de mentidas gerarquias, ó sea la falsa consideracion de infalibles, por la necia y loca pretension de levantar un falso idolo sobre la gran figura del Omnipotente Creador».

«Nuestro funesto error consiste en creer aquella falsa filosofia de los figurados doctores que vinieron de Oriente, después de Jesús, que no comprendiendo ni las palabras de este elevado maestro, ni el sentido de su alta mision para moralizar la humanidad, guiándola por el amor y la caridad y las virtudes prácticas hacia la dicha inmortal, por la senda del bien comun; en lugar de enseñar tan sublime moral Cristiana, cuyo espíritu Redentor del mundo, seria la consecuencia del cumplimiento de la ley nueva como consecuencia del reinado de la justicia y del amor, enseñaron tan malvada como torpemente que Jesús y su sacrificio habíanla empezado, terminado y cumplido. Cristo sancionó con su vida el gran deseo de la Caridad de Justicia y de amor, cuya realizacion universal debía ulteriormente obrar la

Redención del mundo. Después de los que verdaderamente le seguían, con la fidelidad y pureza del buen discípulo, los demás, en vez de adherirnos, á la palabra, al espíritu noble de tan sublime moral, al fin de su inmejorable doctrina; á la ley; confundiendo todo con la personalidad, y no comprendiendo que la redención, según la palabra y el pensamiento de Jesús, resultaría del cumplimiento de la ley de amor por los hombres, quisimos que resultase del cumplimiento del sacrificio por Jesús»

«¡Cruel error que tanto su memoria nos atormenta!»

¿Qué puede haber de mayor sensatez y belleza que las doctrinas de la redención tal y como resultan de la enseñanza de Jesucristo? Pero ese orgullo y egoísmo fatal que nos devora, en la ambición, ha sembrado la discordia en la familia humana y el espantoso cisma en las creencias, con menoscabo de la fe hacia la verdadera enseñanza de Jesús; por cuanto que nuestros errores están plenamente justificados, con nuestra usurpación de poderes, arrebatando el mejor derecho en nuestros hermanos en religión y creencias; por que siendo una la ley de Dios, todo el que la observa es verdadero discípulo del divino maestro Jesús, enviado; para la regeneración en el bien, á los de este Planeta.

«Nuestro error consiste en el engaño que pretendemos hacer á la humanidad enseñando cosas de hombres, y lo que es peor, que para imponer el falso sofisma de nuestras miserables mistificaciones para un fin ridículo y material hemos abusado de la ignorancia y de la inocencia de nuestros hermanos, haciéndoles ver nuestro prepotente reinado, abusando del glorioso nombre del supremo hacedor sobre el que nos levantamos criminalmente, por nuestro impuro deseo de falsa infalibilidad.»

«Jesucristo nos enseñó el modo de ejercer noble y humildemente el honroso cargo de Pastor; y nosotros nos hemos despojado de aquella sublime humildad y nos constituimos en altanero reinado, en déspotas y tiranos en la tierra, llenándola de estermi-

nio cruel con nuestros ridiculos anatemas que dividen á la humanidad.»

«Jesucristo nos enseñó la virtud en el amor y la caridad que son la escala de los Cielos; y nosotros hemos sustituido esta por el detestable orgullo, el egoísmo y la ambición, fulminando enconados anatemas contra el que no nos sigue.»

«Jesús en la ley del Eterno padre, ó sea la de amor unos de otros, en el ejercicio de santa caridad, por que en el amor de Dios y de unos en otros solo se constituye y funda la universal Iglesia, de la que es Jefe el elevado espíritu de Jesucristo como maestro; nosotros ciegos por torpes pasiones la dividimos en castas y razas formando partidos, para en ellos poder fundar Iglesias, que sin comprender nuestro criminal propósito, nos rindan el culto que ambicionamos.»

«A Jesús como buen Pastor le vimos apacentar su humilde rebaño, y con su noble ejemplo dar vida á los hombres llevándolos unidos en amorosa fraternidad que enaltece pueblos y naciones, atraídos por sus sabias doctrinas; y nosotros llenos de ambición y orgullo imponemos el infame y degradante tributo sobre la humanidad al nacer; al establecerse moralmente, y sobre sus cadáveres al morir su materia, ó humana forma, aumentando por ello el dolor de los vivos á quienes sacrificamos en nuestras aduanas llamadas Iglesias!.. pues que aparecemos como lobos robadores en medio de tan egregio rebaño.»

«Jesucristo nos dejó las llaves hipotéticas con las que se abren los cielos, ó sean esas gloriosas moradas de los justos, que eterna dicha gozan al lado de Dios, y cuyas llaves son la virtud y el amor en la caridad, en el cumplimiento de su ley y preceptos: y nosotros hemos cambiado estas místicas llaves (depósito de nuestro bien) por las que nos abren las puertas de nuestros mentidos placeres en la materia, por que al acumular el falso metal que nos endurece el corazón, nos abren las puertas del mas insondable abismo al desviarnos del recto camino que nos conduce hacia Dios.»

«Jesucristo nos dejó dicho, que su reinado

no es de este mundo; y nosotros olvidamos el reino de la celeste patria sacrificando el espíritu, por los gozos de la inmunda materia»

«Jesús laureó sus sienes con la punzante corona del martirio; en prueba de su grande amor á la humanidad por enseñarla el camino hácia nuestro Eterno padre para eternizarla en incomparable dicha; y nosotros por nuestros propósitos y falsos honores ceñimos nuestra altanera y soberbia frente con el mentido brillo del vil metal; velando con aparente humildad la soberbia que nos devora, por la que sacrificamos pueblos y naciones, con la cual insultamos la pobreza»

»El noble y sublime espíritu de Jesús conquistaba almas para que gozasen en la morada de su padre; nosotros mistificamos su ley santa para vendiar la vista moral del espíritu, por solo el propósito de engrandecer en la tierra atesorando bienes que nos distraen del camino de la virtud y nos llevan al escándalo despues de la muerte, ó descomposicion de la humana materia.

¡Densa é insoportable hediondez fluidica envuelve y atormenta á nuestro desconsolado espíritu!... pues segun vosotros, ayer nuestras inmundas sienes veáis adornadas sosteniendo en ellas fantásticas pavesas, en figura de coronas ó tiaras, en que la miserable materia bajo el perfume de aromáticas flores se recreaba, y en un levisimo instante, ó sea un breve paréntesis mas rápido que el pensamiento, marcado en la voluminosa esfera del reloj que fija la eternidad á nuestro espíritu, es atormentado en denso y fluidico manto, por sus errores, que su dicha material cambia en amarga desventura por la hedionda fetidez que nos asfixia y martiriza»

«¡Oh! Dios mio; despejad por un momento tan grosera capa fluidica, que cnal férrea malla coustituye mi tormentoso suplicio; para que ante esos elevados espíritus reconocidamente mas meritorios que el mio, por su bondad y preclara inteligencia. ¡Luz divina que les inunda! incline sin cesar mi humilde cerviz, la que en otro tiempo altanera se alzó contra ellos; cuando mi funesto

imperio ¡el de la materia! se bamboleaba, y; mis fantásticas ilusiones y mentidas glorias se evaporaban y extinguían, ante la prepotente fuerza del eco de la razon, y el rayo luminoso de la verdad que difundían. ¡Oh! funestos recuerdos, origen de mi perturbacion y anonadamiento! ¡desengaño cruel! que causan mis mas hondos pesares! Si, elevados espíritus; ¡á vosotros los perseguidos de mi venal orgullo y desmedida ambicion! contra quienes hice pesar el delirio de mi despótico reinado en la materia, cuando asfixiado por el vaporoso incienso producido al sueño de esas fantásticas glorias creadas por el miserable orgullo y detestable egoismo, de mi espíritu materializado! ¡A vosotros pido el auxilio que os negué, de que tanto necesito para levantarme del asqueroso fango que le rodea, ó manto perispiritual que le circunda, con relacion á su inferioridad, por las graves faltas y horrendos crímenes! que cometi. A la vez que imploro el perdon del Omnipotente Creador ¡fuente de misericordia, á vosotros verdaderos discipulos de Cristo, os demando el olvido de mi funesto pasado y llenos de ese fuego santo de amor conjuntad vuestro pensamiento con el mio, y elevad vuestras fervientes plegarias, hácia dó parten esos luminicos rayos, que al irradiar nuestros espíritus nos hacen presentir el Excelso Trono del Altísimo, ¡de esa divinidad Sublime! centro de grandeza y de magestad, como emanacion gloriosa, de la que sin igual radica en ese increado Sér ó Soberano Autor de cuanto creado existe, dueño del infinito, llamado Dios»

«¡Espíritus benévotos! ayudádme, que quiero continuar comunicando con mis demás hermanos los incarnados, para verter en su memoria desagradables recuerdos históricos que les haga distinguir el mal del bien, y la Luz que les ilumina y guía por la senda de la verdadera felicidad, ¡la que les aproxima hácia el divino Creador! ¡única fuente de gloria y de ventura!»

«Dejaré consignado, que solo Jesucristo, como enviado de Dios al Planeta Tierra para el fin Redentor por su ley Santa, es el ún-

co Jefe de la universal iglesia, que nos guía el Eterno Padre: que el verdadero Templo, está formado en la observancia del divino precepto, en la ley de amor dada á la humanidad; siendo aquella iglesia á la vez constituida en todo espíritu que cumple la ley de Dios, prácticamente enseñada por aquel sublime maestro, y su mejor discípulo todo el que sigue su ejemplo y doctrina, y no rompe ese sagrado lazo de amor y fraternidad, jemblema de la virtud! y de Celeste armonia entre Dios y los hombres, como espíritus por El Creados»

«Olvidados de nuestros deberes, nos alejamos de Dios, y somos el mónstruo de la supersticion y de la soberbia, de la impostura y de la fuerza, de la concupiscencia, la hipocresia y la blasfemia, la bestia de las siete cabezas, el Ante-Cristo en una palabra, inflamando á los sucesores de los mártires, pues que de usurpacion en usurpacion venimos alentando guerras y cismas, por cuestion de supremacias transformando la verdadera iglesia de igualdad cristiana en la iglesia del egoismo y la supersticion, por nuestro criminal orgullo»

«Nuestro degradante propósito, era ahogar el eco de la razon, y desfigurar la verdad; para lo cual conteniamos las puras corrientes de la civilizacion que impedian á la humanidad hácia el inmenso Templo que levantó Jesucristo con su palabra y su gloriosa resignacion en el cruento martirio»

«Nuestro fatal imperio de gloria y estermio ha despertado á la humanidad que confronta esta falsa religion, mas bien disciplinaria que dogmática y por lo mismo llena de confusion para velar nuestra malvada hipocresia; y admirando el distinto ejemplo que el Salvador, por su moral enseñanza, ofreció al mundo con la abnegacion de su sacrificio, y la primitiva organizacion de su iglesia y reconoce que su pasion tuvo por objeto inspirar con la práctica todas las virtudes, el sentimiento de fraternidad como base y fundamento del orden social nuevo, y como regla infalible del progreso, y por lo mismo se inclina á la verdadera que es la de Jesucristo»

«No culpemos á los demás de nuestros ri-

diculos estravios: solo nuestros errores son la única causa de nuestros sufrimientos tanto en vosotros los que habitais en la humana materia, cuanto en nosotros que aunque espíritus desincarnados, de su forma corpórea, como propagadores del mal que os confunde, por nuestro orgullo y criminal ambicion, nos vemos afligidos; unos abrumados por los pesares que acarrear las turbulentas trasformaciones; y otros por el insoportable sufrimiento en la hediondez de nuestra cárcel fluidica perispiritual, lo que por su inferioridad relativa, á su ningún mérito, tanto, ¡tanto! nos asfixia y atormenta»

«Ya conocéis nuestra verdad en los de Ultratumba; pues que somos los encargados de recordaros los hechos históricos que en otro tiempo quisimos desfigurar ahogando el grito reparador de nobles espíritus que nos avisaban del bien, para separarnos de nuestros errores y desaciertos, que nos conducian al mal.

«Esta era su voz, ha llegado la hora de que se realice la redencion, si la familia de Jesús no ha de ser el Cristo de los hombres,» hoy vengo á repetiros el eco conmovedor, que otro tiempo desprecie, en mas puros y elevados espíritus, cuyo eco me confunde, por ser el eco de la verdad que tanto despechó á mi fatal orgullo pues que atropellando la inocencia, en el sacrilego altar de mi loca ambicion, y una tras otra inmolé innumerables víctimas»

«Olvidad mis graves faltas y mis grandes crímenes. Si, mis queridos hermanos, implorad la gracia del Supremo Hacedor en bien de mi desconsolado espíritu; para que su infinita bondad y misericordia borre de mi el recuerdo de mis iniquidades, que constituyen el mas cruel de los suplicios: se me permite la gracia de la comunicacion, para reproducir el eco de la verdad que desprecie durante el sueño de mi detestable orgullo, de mi ambicion y egoismo, usando de sus mismas frases ó palabras» al recordarnos lo que Jesús dijo á sus Apóstoles: «Id y enseñad á todos los Pueblos» añadiéndoles además, «Los Reyes dominan en las Naciones, que no suceda lo mismo entre vosotros» así

LA HECHICERA

DE LOS CABELLOS DE PLATA.

lo reconoció el elevadísimo espíritu del que recordáis en ese planeta por Gregorio Nacianceno, cuando en su tiempo dijo: «Quiera Dios que no hubiera entre nosotros ninguna silla privilegiada, ningún lugar distinguido, ninguna preeminencia tiránica y que no se nos conociera, sino por la sola virtud; pero la diferencia de Tronos Eclesíasticos, los grados superiores é inferiores, la procedencia y la concurrencia nos han causado una infinidad de males sin producir ningún bien, y convirtiendo las ovejas en machos de cabrio, han hecho caer en el abismo un gran número no solamente del pueblo, sino también de los pastores, que aunque maestros de Israel han ignorado estas virtudes»

«¡Sucesores de los Apostoles! aprended, sin olvidad, tan sublime enseñanza,» apresuraos á retirar de vuestras sienes esas miserables coronas de falso brillo del vil metal que os ennegrecé el espíritu ó alma y degenera vuestro noble corazón destinado al amor y caridad sublimes, emblema de la virtud, arrojad de vuestros hombros ese pesado fardo que ni nosotros ni vosotros hemos debido llevar, trocad vuestras soberbias coronas de fantástico brillo en la materia, que el espíritu os metaliza y desvirtua, y sustituirla por el dulce consolador yugo á que nos ha convidado el amor del Redentor por su moral enseñanza: cuyo eco constantemente he de repetir: Escuchadle pues, y no olvidad el saludable consejo del que en la tierra llevó el nombre de

Antonelli.»

El hombre orgulloso es avaro y egoísta, y al explotarlo todo en su propio provecho se convierte en bruto; abdica de todo lo noble y virtuoso, se despoja de todo humano sentimiento, no siente en el amor y la caridad esas dulces emanaciones del bondadoso espíritu que vive en lazo armónico con el divino Creador participando de su gracia: enemigo de todo lo noble, al ser la rémora del progreso, es el asesino de la humanidad.

José Arriero Manjon y Hoyo.

Priego (de Córdoba) 4 de Octubre de 1882

No sabemos si por suerte ó por desgracia nunca hemos sido niños, nuestra buena madre nos decía que le preguntaban con acenito compasivo todas las vecinas del barrio si su hija estaba enferma, tan triste era nuestro aspecto, y tan reposados y silenciosos nuestros juegos; así no es de extrañar que á los diez años leyéramos comprendiendo lo que leíamos, y á los doce, comenzáramos nuestro estudio en la humanidad, mirando fijamente á cuantos seres íbamos conociendo.

Estando un día en el paseo, nos llamó la atención una mujer elegantísima, alta, esbelta, con un traje de raso negro guarnecido de blondas, un magnífico velo de encaje la envolvía y realzaba su espléndida hermosura; ligeramente apoyada en el brazo de su esposo, sostenía una conversacion animadísima con dos amigos que la acompañaban. Al verla, sentimos un estremecimiento especial, y mirando á nuestra buena madre murmuramos con vago terror: ¡Esa mujer tiene sombra!

En Andalucía hay una infinidad de modismos que no se encuentran en ningún diccionario, pero que sin embargo los andaluces se entienden perfectísimamente con ellos. Cuando una persona es simpática se dice: fulano ó mengano tiene *mucho ángel*, ó se asegura que tiene *don de gentes*, y el vulgo afirma que aquel individuo tiene *mucho aquel*, y si por el contrario es antipático, se dice: ¡Jnan! ó Pedro tiene muy *mala sombra*, y si un ser revela en sus ojos que guarda una historia se dice lo que dijimos al ver á aquella señora tan elegante y tan distinguida,—es muy hermosa, pero no sé, encuentro que esa mujer tiene *sombra*.

—No te has engañado, nos dijo una señora que nos acompañaba, la conozco desde niña, y te aseguro que muchos están en presidio que no habrán hecho tanto daño como ella; dices bien, que tiene *sombra*, ¿no la ha de tener? si dos muertos la deben ir persiguiendo?

—¿Dos muertos? ¿qué dice V?

—Lo que oyes, esa desgraciada (que no merece otro nombre) se llama Mercedes Acuña, desde niña se ba complacido en verse rodeada de adoradores, y ba tenido tanto *ángel* desde que nació, que sus padres y sus hermanos, sus compañeras de colegio y sus criados, todo el mundo le ba dicho lo que se dice en el *padre nuestro*, *hágase tu voluntad*.

Un pobre muchacho que estudiaba para abogado, consiguió ser el preferido de la caprichosa niña, y durante mucho tiempo estudió sus lecciones frente á los balcones de su amada, pero de pronto Mercedes cambió de parecer, y se dispuso á contraer matrimonio con el que hoy es su marido, fué á la iglesia á casarse, y al bajar del coche delante de su casa, el pobre estudiante se arrojó á sus pies disparándose un tiro en la sien, la sangre del infeliz suicida manchó el blanco traje de la joven desposada, y tuvo valor de estar bailando toda la noche sin cambiar de vestido, y por la mañana se marchó á Italia con su marido á pasar la luna de miel. Cuando volvió siguió coqueteando complaciéndose en ser la perturbación de más de cuatro familias, hasta el punto que todo un señor coronel de artillería casado y con hijos, enloquecido primero por las miradas de Mercedes, y luego desesperado por su indiferencia y su desvío, en los mismos salones de la casa de ella se levantó la tapa de los sesos diciendo: ¡maldita seas! ¡Ya ves si tenías razón al decir que tiene sombra!

Durante algunos años seguimos viendo á Mercedes en el paseo, hasta que una nueva catástrofe le obligó á salir de España. Un joven artista, un discípulo de Fidias se envenenó no pudiendo sufrir los desdenes de aquella mujer fatal que durante algun tiempo le distinguió con sus atenciones, y después se rió de su amor, pero el joven artista tenía madre, y esta juró vengar la muerte de su hijo. Mercedes lo supo á tiempo y huyó precipitadamente seguida de su esposo y de sus hijos, sin que hayamos vuelto á saber nada de ella.

Muchos años después conocimos á otra mujer, que sin ser hermosa como Mercedes tiene esa atracción fatal que siembra la confusión y el trastorno á donde quiera que va: su voz acariciadora encuentra eco en todos los corazones que ella quiere, su vanidad, su amor propio queda satisfecho cuando ha conseguido alterar la tranquilidad en la casa que visita con alguna frecuencia. Toda sentimentalismo, toda poesía, sin descender á los amores materiales de la tierra, confiando á su marido todas las impresiones que recibe, y todos los trastornos que produce su especial coquetismo.

Es un ser incalificable, parece una mujer sin sentimiento, sin corazón, y por otra parte jura que es toda de su marido, que no le puede ocultar nada de lo que hace, y le confía todas las aventuras de su vida verdaderamente novelesca, y sin ser infiel en el sen-

tido material de la palabra, más de una honrada familia ha sido víctima de sus locuras. Un pobre joven buscó la muerte en el campo de batalla para olvidar su ingratitud, cuando ella le dejó para casarse con otro; su marido es mártir de su especialísimo carácter, y cuando le vemos involuntariamente nos acordamos de Mercedes y decimos:— ¡Pobres espíritus! ¡cuán horrible será su expiación! por qué hacen el mal con profundo conocimiento de causa, cuando fijan su mirada en un hombre saben que lo condenan al sufrimiento, y emplean todo su artificio en enloquecerle.—Pobres espíritus! ¡cuánto les queda que sufrir! ¡en qué tristes condiciones volverán á la tierra!....

«No lo sabes bien, (nos dice un espíritu,) te inspiran compasión esas dos mujeres que has encontrado en tu camino y cree que son mas dignas de lástima que los asesinos condenados á cadena perpétua en los presidios de la tierra. Yo lo sé por experiencia, yo he sido uno de esos géneos maléficos que durante muchas existencias he sido hermosa, he tenido los irresistibles atractivos de una belleza incomparable, mis ojos prometían un cielo, mi boca derramaba los efluvios de la seducción, en la frente que yo aplicaba mis labios se desencadenaba la tempestad de la pasión mas violenta. Desgraciada la mujer en cuyo esposo yo fijase una sola mirada, por que aquel hombre enloquecía, y todo lo abandonaba, todo. El que viviese en opinión de santo, se convertía en asesino si yo lo decía ¡hiere! mujeres hubo que vinieron á pedirme de rodillas que amase á su marido, por que antes que verle morir desesperado preferían su desvío á su muerte; y aquella subyugación, que yo ejercía era mi vida, mi felicidad. Hice innumerables víctimas, y cuando dejaba la tierra me horrorizaba de mi misma; veía todo el estrago que había causado mi fatal hermosura, mis locos deseos, y todo aquel amor se convertía en odio, pero en un odio implacable, los feroces caudillos que capitaneaban las primeras legiones que se dividieron á sangre y fuego la tierra, no tuvieron mas enemigos que tuve yo, ni causaron tan hondas divisiones en las familias como causó mi loca vanidad, aunque te dictara cien tomos en folio no podría decirte todas las responsabilidades que adquiere el espíritu cuando hace el mal y se complace en su obra.»

«¡Cuántos siglos permanece estacionado pagando con toda clase de humillaciones sus victorias satánicas! no existe el demonio tal como le pintan las religiones, pero si te pue-

do asegurar que hay espíritus maléficos dominados por instintos tan perversos que parece imposible que en aquellos seres aiente un alma creada por el Omnipotente. No extrañéis la irreligiosidad de vuestro tiempo, hay actualmente en la tierra espíritus tan rebeldes, tan separados de toda noción benéfica, que los sabios al ver esos monstruos tienen que decir: «Dios no existe!»

«Sin la comunicación de los espíritus creedme; el hombre pensador tiene que dudar y perderse en un caos. ¡Todo es grande en la naturaleza! todo menos el hombre! y es que este se presenta en la tierra como los malhechores confinados en vuestros presidios. ¿No os parece á vosotros que los criminales pertenecen á otra raza, y les llamais abortos del infierno? pues á los pocos espíritus que encarnan en ese mundo para servir de guías á la humanidad, al ver los desastres y los crímenes que está cometiendo, preguntan á su razón ofuscada.

¿Si hay una causa creadora como sus creaciones no llevan el sello de la perfección? y aceptan la ley evolucionista, sentando como tesis mas extrañas y mas absurdas, y os lo repito, no lo culpeis. ¿Puede admirar el ciego la belleza de las flores, el azul del firmamento, los resplandores del sol y el fulgor de las estrellas? No; pues ciego es aquel que ignora la vida de ultratumba, y por eso no conoce que el hombre es perfectible, le ve imperfecto y se hunde en el abismo de la duda.

A mi mismo cuando recuerdo mi pasado me parece imposible que en mi existiera un alma creada por el hálito de Dios, ¡cuántos siglos he perdido! En mi si que se cumplía lo que dijo un padre de la iglesia: *Vanidad de vanidades y todo es vanidad*. Hasta en mis esclavos me complacía en encender el fuego de la pasión; cuando estaba en el baño hacia venir á varios de mis fieles servidores para que me contaran historias y me cantaran trovas amorosas, y muchos de aquellos desgraciados buscaron en la muerte el término de su agonía.»

«¡Cuánto he sufrido durante mis largos períodos de erraticidad!... mi soledad era espantosa, pero sufría tanto viendo á mis víctimas, que prefería el silencio y la oscuridad. Hay dolores que no son para explicarlos, ósenecesita sentir esa desesperación muda y terrible, ese desencanto, esa indefinible sorpresa que experimenta el espíritu cuando contempla su envoltura dentro del ataúd sin pasto de los gusanos, y uno se encuentra lleno de vigor, siendo separado de aquel cuer-

po hermosísimo ayer, y putrefacto hoy, cuando se mira la cavidad de aquellos ojos, cuyo brillo y expresión había enloquecido á millares de seres, y hoy se encuentran vacíos.... ¡aquella boca sonriente y perfumada cuyos labios al dar un beso habían decidido del porvenir del mundo.... hoy abierta, repugnante, arrojando un líquido viscoso y fétido!.... Yo que había sido tan apegada á la materia, no sabía separarme de mi sepultura. Cuando embalsamaban mi cadáver sufría menos, y á veces mas, porque en algunas ocasiones la ilusión era completa, parecía que mi cuerpo reposaba en brazos del sueño y yo me desesperaba, porque le decía.—¡Despierta y sonríe y el mundo será tuyo nuevamente! pero mi cadáver permanecía petrificado y ni un solo ser se detenía á rezar en mi sepultura....»

«Tanto sufrí que un día exclamé con inmenso desconsuelo. ¡Quién quiera que seas, Dios, Destino ó Fatalidad... dime, ¿mi condenación será eterna! No; me dijo una voz que resonó en mi oído; tu sufrimiento cesará desde el instante que concluyas de pagar tus innumerables deudas, ni un segundo tendrás de angustia despues de saldar tu larga cuenta, y aun en esas mismas existencias de dolor y prueba, algun rayo de sol lucirá para ti, si es sincero tu arrepentimiento y firme tu propósito de enmienda. Siglos y siglos has vivido hundido en el lodo, pero siglos sin fin te quedan para sonreír entre flores. No hay redención sin martirio; comienza el tuyo y le verás el fin, que todo tiene término en la vida menos la misma vida, esta es eterna, es la sávia de Dios que nunca se podrá extinguir.»

«Estos y parecidos razonamientos me dieron valor para comenzar una serie de existencias de verdadera espiación; nadie hubiera dicho que una mendiga enferma y repugnante había sido durante muchos siglos la mujer mas hermosa de la tierra; hubo momentos que me faltó el valor para seguir mi escabroso camino, conservé durante mucho tiempo tal afición á la belleza física, que lloraba de rabia cuando veía ante mi jóvenes hermosas á quienes les pedía una limosna y estas con desdeñosa sonrisa me tiraban una moneda.»

«¡Oh! cuánto sufría en aquellos instantes! ¡cuánto tardan algunos espíritus en olvidar lo que han sido. Yo he sido uno de esos pecadores impenitente, pero tambien lució para mi un rayo de Sol, el relato de la primera existencia en la cual latió mi corazón es el asunto principal de esta comunicación, quie-

no decir á las mujeres donde se encuentra la verdadera felicidad.»

En la encarnación que voy á referir, debí el ser á un bonrado matrimonio que se mantenía con el producto que les daba un molino harinero; durante quince años viví tranquilamente, mi figura sin ser bella era simpática, mis padres aunque toscos eran sencillos y buenos, me querían mucho, y todo me sonreía cuando una noche se declaró un incendio violentísimo que en pocos momentos redujo á cenizas la humilde casa donde nací, sucumbiendo todos sus habitantes menos yo, que durante tres días, estuve emparedada en una cueva oyendo voces lejanas; lamentos, imprecaciones, alimentando esperanzas y volviéndome loca de desesperación, cuando sentía sobre mi cabeza los pasos de los piadosos vecinos que buscaban los cadáveres para darles sepultura, me llamaban á grandes gritos y se alejaban para remover otras ruinas mientras yo quedaba enterrada en vida!... Al fin un hundimiento me acabó por el pronto de sepultar, pero aquel movimiento de los escombros me dió la vida, por que gracias á él, me descubrieron y en los primeros momentos me prestaron toda clase de auxilios; mas no así despues, que todos los habitantes del pueblo huyeron de mí, haciendo la señal de la cruz diciendo: ¡Huye bruja maldita! ¡huyamos de la hechicera de los cabellos de plata, cuando la hechicera resucita calamidad segura, aquellos alucinados casi me hicieron perder la razón; durante los tres días que estuve emparedada mis abundantes cabellos negros se tornaron blancos como la nieve, y en aquella comarca habia una tradición, de que en la cumbre de una montaña habitaba una hechicera de tez cobriza envuelta en un manto que le habia dado la naturaleza, consistente en una abundantísima cabellera blanca como la nieve y brillante como la plata; mi madre para hacerme callar cuando me resistía á dormir, me habia asustado muchas veces diciéndome,.... Si no eres buena llamaré á la *hechicera de los cabellos de plata*. ¡Quién nos hubiera dicho entonces á ella y á mí, que la ignorancia del vulgo me habria de convertir un día en aquella hechicera! Si bien no les faltaba motivo para creer lo que aseguraban, por que yo misma me horroricé cuando logré mirarme en un mal espejo; mi tez blanca y conrosada tenia un tinte entre cobrizo y amarillento y mis cabellos negros se habian vuelto blancos, pero con una blancura deslumbradora, mi memoria se negaba á ayudarme para decirle con enteresa á aquellos obsecados:—Miradme bien, soy Eloina, la jó-

ven molinera del torrente, queria hablar y la emoción me hacia enmudecer un hermano de mi padre que era el cura del pueblo, fué el primero que me arrojó del lugar diciéndome:

¡Huye, huye al infierno de donde saliste en mala hora! y me encontré en el campo sin saber á donde dirigirme, caminé á la ventura durante algun tiempo cuando la Providencia sin duda guió mis pasos y me dirigí á una aldea donde habitaba un ser que ahora se comunica con vosotros, el Padre German, que venia muy amenudo al molino donde pasaron los primeros años de mi vida; yo tambien habia ido muchas veces á su iglesia con mi madre, y al reconocer el camino mi corazón se sintió aligerado de un gran peso, por que vi un rayo de luz en el Padre German, aceleré el paso cuanto pude y llegué á la fuente de la salud en ocasión que el venerable sacerdote estaba allí leyendo unos pergaminos: me arrojé á sus pies diciendo: ¡Padre German! ¿me conocéis? soy Eloina la jóven molinera del torrente; el sacerdote me miró asombrado, se pasó la mano por la frente y en aquellos instantes creí que el Universo se desplomaba sobre mi cabeza al perder mi última esperanza; pero pronto me reanimé al oír su voz que me dijo con paternal ternura: No sé quién eres, pero desde luego se conoce que eres muy desgraciada, y para consolar á los desventurados estoy yo en la tierra.»

«Aquellas palabras me dieron la vida, y con todos sus detalles le conté cuanto me habia ocurrido, me escuchó atentamente y me prometió que aquella misma tarde iria al pueblo que me vió nacer; me dejó en casa de unos aldeanos que á no ir acompañada del Padre German me hubieran dicho lo que los demás, que harto me lo dijeron sus ojos, y el acento tembloroso con que dijeron: Padre, ¿de donde ha salido la *hechicera de los cabellos de plata*? El buen sacerdote les explicó mi triste historia, y entonces se compadecieron de mi infortunio, sin dejar de mirarme con cierto recelo.»

«Al día siguiente volvió el Padre German de su escursión, y me dijo sonriendo tristemente:

«—¡Pobre Eloina! nada he conseguido en tu favor, porque para vencer la superstición de todo un pueblo es muy poco un solo hombre, mucho más si este pasa por brujo como paso yo; y tu mayor desgracia es que las llamas no destruyeron las dos casitas que tenia tu padre al otro lado del torrente, por que como la codicia es la madre de todos los

crimenes, el hermano de tu padre es el único heredero muriendo tú, y es por consiguiente el que jura y perjura que él vio tu cadáver, y que tú eres *la hechicera de los cabellos de plata* en cuerpo y alma; y como en tu rostro no hay el menor vestigio de aquella niña risueña y sonrosada, he ahí la razón por que todo se conjura contra ti, para pasar por muerta estando viva; y como Dios no es injusto, cuando pesa sobre ti, tan extraño infortunio, créeme hija mía, algodebes y hoy lo pagas; no murmures de la Santa Providencia, confía en la infinita misericordia de Dios, y di con la humildad del justo: ¡Cumplase Señor tu voluntad!»

«Algunos días después me llevó a un pueblecito inmediato y en una pobre casa que había lejos del poblado, me dejó en compañía de un matrimonio que lloraban la ausencia de su único hijo, que estaba en la guerra, solo la influencia que ejercía el Padre German venció la repugnancia de aquellos campesinos que al verme se quedaron aterrados diciéndome con espanto:

«—¡Padre! ¿como se atreve V. á ir por el mundo acompañado de *la hechicera de los cabellos de plata*?»

«El buen sacerdote no perdonó medios para convencerles de su error, y por fin consintieron en tenerme en su casa, aunque tardaron mucho tiempo en mirarme con buenos ojos. Hasta la naturaleza se conjuraba contra mí, por que desde mi llegada, ó mejor dicho, desde mi trasformacion, en aquella comarca, las tempestades se sucedían unas á otras sin interrupcion, la guerra aumentaba y á todos los desastres las gentes sencillas les daban por causa mi llegada; el padre German me venía á ver con frecuencia, y me decía siempre, note desesperes, hija mía, tú eres buena y para ti lucirá un día de Sol. Al fin volvió de la guerra el hijo de mi familia adoptiva, pero volvió en un estado tristísimo, acribillado de heridas, las piernas en particular las traía hechas pedazos; desde mi metamorfosis el fué el único ser que al verme no manifestó repulsion, al contrario; al decirle su madre:—Hijo, hermano aumentado de familia por que el Padre German lo ha querido; me miró sonriéndose, y dijo dulcemente:—Me alegro, madre mía, así tendré una hermana que me acompañe y que me cuide. Sus palabras resonaron de tal modo en mi corazón que sentí una emoción desconocida, y todo el amor de mi alma lo deposité en Tadeo; él correspondió á mi ternura, y entonces comencé á vivir por que principié á amar.»

«Tadeo estuvo mas de dos años padeciendo con sus heridas, que se cicatrizaron al fin, pero sus piernas no adquirieron todo el movimiento que era de desear. Apoyado en su madre, ó en mí, era del modo que podía andar haciendo grandes esfuerzos. Yo me constituí en su ángel de la guarda y velaba su sueño, condimentaba su alimento, le distraía contándole los recuerdos de mi niñez, y él en premio de mis afanes y mis desvelos, me decía con la mayor ternura, ¡Pobre Eloísa! ¡que buena eres!»

«Si te contara nuestras dulces conversaciones nunca terminaría mi relato, solo te diré que viendo Tadeo mi inmenso amor, rogó al Padre German que bendijera nuestra union, y unidos ante Dios y los hombres viví treinta años; dos niñas hermosísimas vinieron á demostrar que yo no era *la hechicera de los cabellos de plata*, la que durante muchos siglos fué el terror de aquellas montañas, y aunque mi figura era antipática, y hasta repulsiva, aquellos dos ángeles que bebieron en mi seno el agua de la vida, demostraron que en mí había la lozanía de la juventud.»

Treinta años fui dichosa, amé á Tadeo con delirio, él correspondió á mi ternura, y el poco tiempo que me sobrevivió, no pasó día que no rezara un padre nuestro por mi eterno descanso, y no dijera á nuestras hijas que imitaran las virtudes de su madre.»

«En aquella existencia comencé á amar rodeada de un odio casi general, mi afán de cariño encontró un ser en quien depositar los primeros effluvios de mi alma virgen de todo amor. Confío reunirme con Tadeo en otra existencia de reposo, aquella encarnacion es la primera sonrisa de mi vida, su recuerdo es el primer rayo de sol que ilumina las tinieblas de mi pasado; mucho tengo que pagar todavía, pero como la misericordia de Dios es infinita, cuando un espíritu quiere progresar el Creador le deja entrever un destello de felicidad para darle aliento en su penosa peregrinacion. ¡Cuán feliz fui en aquella existencia! ¡que días tan hermosos pasé en mi humilde casita cuidando á mi esposo y á mis hijas! nada vi del mundo, nunca sali de aquel delicioso valle; mi extraña figura me tuvo siempre prisionera, pero nada ambicionaba, cuando al amanecer me despertaba sin hacer ruido para no despertar ni á mi marido ni á mis hijas, miraba embelesada á aquellos tres seres, y cruzando las manos caía de rodillas diciendo:

¡Bendito seas Señor! para ti no hay nada imposible, en la dura roca haces brotar una

flor, nadie con menos condiciones que yo para crearse una familia, pero tú lo has querido y la hechicera de los cabellos de plata, el terror de los niños y de los ancianos, el ser maldito ha concebido como las demás mujeres y ha sido amada por sus hijos... ¡bendito seas Señor!»

Estoy muy contenta de haberme comunicado y de haber demostrado que el espíritu comienza á vivir en el sagrado instante que se despierta para el sentimiento del amor.»

«No lo olvideis mujeres de la tierra. Yo he sido hermosa entre las hermosas, galanteada entre las galanteadas, los soberanos de la tierra han perdidlo sus imperios por una sonrisa mia, y solo he sido dichosa, recordadlo, cuando revestida de una extraña envoltura, pobre escondida en el fondo de un valle, huyendo de mis semejantes, al amar sinceramente, el cielo se abrió para mi, fui esposa y madre, mi lecho de muerte estuvo rodeado de seres amantes, y las siempre vivas brotarón en mi tumba regadas por el llanto del amor!»

«¡Amad si quereis vivir! lamad si quereis progresar!»

Estamos muy conformes con los razonamientos de este espíritu, decimos como dijo Manterola:

El alma vive mas donde ama, que donde anima.

¡Oh! si, el amor es el sol del alma, ¡ay! de las almas que se mueren de frío...

Amalia Domingo y Soler.

LA VIRTUD Y EL TRABAJO.

ODA.

Mas vale ser pobre que rico.
(El Padre Estrella.)

¿Por qué al pintar el porvenir risueño que se abre ante las puertas de la vida como ilusion que resucita el sueño, la mente engrandecida

llevando al corazon el sentimiento busca tu nombre por la fe bendito mas allá de las rafagas del viento en el mundo de luz de lo infinito?

¿Por qué, oh virtud, cuando la luz se apaga que alumbra las creencias del triste error bajo la sombra vaga alientas las conciencias, el fuego extingues que el valor consume mientras tus flores aromadas brotan que esparce su perfume y en blandas nubes por el mundo flotan?

Ah! ya te miro de esplendor cubierta lucir tus ricas galas

siempre á la gloria del candor abierta siempre-tendiendo ante el amor tus alas.

Noble, serena, grande y esplendente allí te agitas cual brillante estrella que á Dios eleva su dorada frente y allí como la huella

de su sagrada inspiracion divina prestes al alma celestial amparo y le llesves la luz como ilumina la noche-oscuro refulgente faro.

Que es la virtud, sino la rica perla que el cielo ha regalado á el alma pura?... Y como ha de perderla si está ese don por el purificado.

Qué es la virtud sino la luz hermosa que alumbra nuestro espíritu? la calma que enfrena el corazon: la blanca rosa que perfuma la fe llevando al alma dulce frescor de virginal rocío que la temple con mágica sonrisa como temple las noches del estio del Norte helado la ligera brisa.

Hermosa es la virtud, borda el cariño su apetecido manto

y sus ojos alientan el cariño y nunca dejan asomarse el llanto.

Por eso siempre en el honor se escuda, por eso se presenta

buscando en el trabajo noble ayuda que es la virtud que en la virtud se alienta.

Su cuidadosa mano le tiende como el libro de la historia, le acaricia á la vez, le llama hermano y comparte con él toda su gloria.

¡La virtud y el trabajo! Quién separa dos recuerdos nacidos de una esencia! dos almas sin dolor, donde se ampara la rica emulacion; do la inocencia encuentra siempre amor y sentimiento; do reina la hermosa

y nunca predomina el sufrimiento ni halla cabida la conciencia impura.

¿Qué es el trabajo? La virtud que anida dentro del corazon: la fe sublime que embellece las horas de la vida en la que hermosa su nobleza imprime: el trabajo es amor, paz y delicia, arroyo de sudor placido y manso, ventura que nos cerca y acaricia; en las luchas del bien noble descanso: es el astro inmortal de la grandeza, purísimo cual rayo de la luna, que entre nubes ostenta su belleza, tesoro de riqueza

que sirve de escabel á la fortuna, Levanta el pensamiento,

el ánimo revive lleva el candor en su robusto aliento, y ante la faz del universo escribe que los dos son del mismo sentimiento.

¡La virtud y el trabajo! Campo hermoso donde se duerme sin pesar la vida, santuario de reposo.

fuelle de la dulzura que escondida
arroja sus raudales
que refrescan el alma en su camino
cual arroyo en los secos arenales
del Africa al cansado peregrino.

En su constante anhelo
de prodigar el bien sobre la tierra,
con celestial desvelo
llevan la paz á la azarosa guerra,
contienen las pasiones
que desbordadas crecen,
purifican las ciegas ambiciones
y con su inmenso bienestar ofrecen
felicidad perpétua á las naciones.

¡Y como no! Si en la brillante esfera
que ve la humanidad sobre su frente
y arrastra en su carrera
astros sin fin con cuya luz potente
el mundo se engalana
ni una estrella se vé mas luminosa
ni una aurora más bella en la mañana
ni una deidad cual la virtud de hermosa,

¡La virtud y el trabajo! Dulces ecos
que en el alma resuenan
y arrancan llanto de los ojos secos,
llanto de gratitud con que serenán
las tristes convulsiones
que espíritu envuelven en congojas
cuando siente caer las ilusiones
como del árbol las marchitas hojas.

Ellos son el sosten de la familia,
la honra del hogar, la luz interna
del amor maternal que en su vigilia
abre las puertas de la dicha eterna.

Ellos arrancan el dolor que intenso
refuerza el corazón, ellos deparan
una vida inmortal, un cielo inmenso
á los imperios que á su fé se amparan.

Sin ellos no hay quietud, no hay fortaleza,
su espíritu conmueve
y arroja de las almas la pereza;
do quiera que se eleve
su mano protectora

sobre los pueblos disipando males
los bienes brotarán en campo abierto
como la piedra que brotó raudales
al tocarla Moisés en el desierto.

El hombre solo alcanza
el don de la piedad cuando confía
y busca el porvenir en la mudanza
del hado que su suerte desafia.
Jamás la hipocresía

obtenga sus favores ni sus brazos
ponga de ingratos seres al servicio
ni de su honor recoja los pedazos
en los antros recónditos del vicio.

Ellos son la verdad: ellos consuelan
al corazón que llora; por la Santa
Virgen sin mancha en su retiro velan,
y allá cuando levanta

la infamia su cerviz entre el veneno
de la procaz calumnia, en su energía
ahogarla saben en su mismo cieno
y hundir bajo sus piés su alevosía.

En el feliz delirio,

con que arrancan el pecho de la pena
y libran del martirio
al que preso en la bárbara cadena
de la vil corrupción gime angustiado,
recuerdan el perdón de Magdalena
que borró para siempre su pecado.

Ellos son la esperanza halagadora
que despierta el honor; que los trofeos
de la paz representan; sonadora
y angélica ilusión de los deseos.

Fantasma seductor: divina maga
que sigue nuestra senda,
que en nuestros sueños incesante vaga
y nos presta en su amor su última ofrenda,

Ellos son el reflejo de la historia;
la mística alianza
entre el hombre de bien y entre la gloria
que al resplandor de la verdad se alcanza.

El signo de clemencia
del alma justa que en la fé reposa
y aguarda por herencia
la celeste mansion; como la hermosa
tierra de Promisión de su conciencia.

Ellos son las risueñas alboradas
que alumbran nuestro paso;
que levantan sus tintas nacaradas
por cima de las nieblas del ocaso:
el búcaro de flores

que llena nuestra vida de fragancia
y en la dulce quietud de los amores
el rico néctar de la dicha escancia.

Ellos son la esperanza de los pueblos
el arca indestructible
que sus venturas con amor recoge,
el áncora invisible

á que la errante humanidad se acoge.
¡La virtud y el trabajo! Ricos dones
y glorias perdurables

que infunden en los grandes corazones
consuelos inefables.

Fuego sagrado que en los pechos arde
que con llamas eternas ilumina,
que aumenta cual la estrella de la tarde
los rayos de su luz cuando declina.

Ellos son en las recias tempestades
el iris que disipa la tormenta
espejo inmemorial de las edades,
columna que sustenta
nuestro constante afán, nuestro desvelo,
misterio sacrosanto
que nos revela en su bondad el Cielo
cuando nos cubre con su hermoso manto.

El lábaro fecundo
que lleva el nombre de la cruz impreso
como la santa redención del mundo
que hoy levanta en sus alas el progreso.

La mística plegaria
que el manso viento hasta los cielos sube
cual perfume de hermosa pasionaria
que se remonta al sol de nube en nube.

Ellos son gloria, perfección; ambiente,
eterna bienandanza;
santa fé, que refleja en nuestra mente
la luz de la esperanza:
imagen peregrina

que tiende al hombre generosa mano,
maravillosa religion divina,
sublime salvacion del sér humano.

ANTONIO ALCALDE VALLADARES.

CONTRASTES.

I.

Llegué á la iglesia. Una boda
salía en aquel momento.
Las campanas, con son fúnebre,
doblaban tristes á muerto.
Los bancos y las paredes
cubrian tapices negros.
Un sombrío catafalco
alzabase en el crucero.
Preparabase una misa
de *requien*, al mismo tiempo
que terminaba otra misa,
la misa de un casamiento;
pues no es raro en las iglesias,
si raro parece esto,
que unos salgan de una boda
y otros entren para un duelo.

II.

Al ver los recién casados
tan alegres, tan contentos;
Y á los del duelo tan graves,
tan cabizbajos, tan serios,
cualquiera pudo esclamar,
que cualquiera puede hacerlo;
¡Junto al entierro, la boda!
¡Junto á la boda el entierro!

III.

El radiante de ventura,
al abandonar el templo
murmuró al oído de *ella*:
—¡Mi dicha, mi bien, mi cielo!

IV.

Y una anciana ¡pobre anciana!
que arrodillada allá en medio
de la iglesia, humedecía
con sus lágrimas el suelo;
una anciana, que la madre
debería ser del muerto,
pues solo lloran las madres
con un llanto verdadero,
murmuraba con voz débil,

con voz débil como un eco:
¡Mi dicha, mi bien, mi hijo,
mi cielo, te has ido al cielo!

V.

Los de la boda, á la calle
unos tras otros salieron.
Las campanas con son fúnebre,
doblaban tristes á muerto,
y su tañir confundiose
con los cánticos del clero.
Se terminaba la boda,
Se principiaba el entierro.

VI.

¿Quién sería más feliz?
¿Sería el vivo, ó el muerto?...
El uno, el *cielo* buscaba.
¡vana ilusion! en el suelo;
el otro la halló tal vez
¡santa ilusion! en el *cielo*

VII.

Y entre tanto los caprichos
del acaso confundieron
la alegría de los vivos
con el llanto por los muertos.
¡Junto al entierro, la boda!
¡Junto á la boda, el entierro!

VIII.

¡Soñemos! Justo es soñar,
porque al fin la vida es sueño,
Amor, placeres, riquezas,
todo es humo, todo es viento.
Soñemos amor mas puro,
y placeres más intensos,
y riquezas más preciadas;
que al soñarlo, soñaremos
con la muerte de los vivos,
con la vida de los muertos.

IX.

Si hay en el *cielo* en ciertas bodas,
hay *bodas* que son *entierros*,
y hay *entierros* en la tierra
que son *bodas* en el *cielo*.

Luis Coll.

— Enero 4 de 1882.

ALICANTE

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO
de Costa y Mira.
San Francisco, 28.